

viéndole al inocente y sin pecado su oro nativo! Grande gozo le procuró tal isla, comparada por él con Sicilia; muchos embajadores envió en busca y requerimiento del gran Kan, creyéndose ya en los áureos veneros de la fabulosísima Cipango; mayores aglomeraciones humanas encontró en ranchos dispuestos á guisa de aldea, y con casas provistas de algún ajuar; pero los indios eran de condición y naturaleza idénticas con los anteriormente hallados; y así tomaban por divinidades á los españoles, tanto más dignos de su adoración, cuanto que, al oír el estampido para ellos horrisono de sus cañones, y ver el fogonazo, y experimentar los destrozos causados por los tiros, creyéndolos arrastrados por nubes tempestuosas, entre culebros de relámpagos tonantes como los espíritus misteriosos de las tempestades y del huracán, dueños y árbitros de los exterminadores rayos celestiales. Igual blandura de complexión y dulcedumbre de inocencia en aquellos naturales de la Española, tan semejante á nuestra España, según Colón, y tan hermosa como Andalucía, región edénica, donde encontró sus más fraternales amigos y sus más sinceros aliados, como que le convidaban á quedarse allí perpetuamente, y en caso de no querer quedarse, á transportarlos consigo al cielo, de donde no podían menos que provenir tan excelsos huéspedes. No quitaremos ni un tilde á los elogios consagrados por Cristóbal Colón y el P. Las Casas á estas primitivas tribus americanas, creyéndolas tan inocentes como las creían ellos, y tan dispuestas á la virtud y al bien como ellos las describen. Pero no hay que ceder á las entusiastas apolo-

gías de todos estos pilotos y apóstoles; ni hay que desvanecerse al aroma edénico exhalado por el mundo recién inventado en la soledad inmensa de los mares. La casta desnudez de los cuerpos, el primitivo candor de las almas, el aroma de paraíso que por todas partes allí se respira, la indudable ausencia de todo gobierno y de todo Estado, y de todo ejército y de todo tribunal; aquella carencia del sentimiento de apropiación en que la propiedad se arraiga; el abandono de toda industria y hasta de todo trabajo; aquellos modos de alimentación semejantes á comidas de aves, que ni siembran ni cosechan; todo aquel edén tan encarecido por Colón en su diario, resulta, bien mirado y comprendido, la tribu comunista de los pueblos y de los tiempos prehistóricos, en la vida del Universo material por completo inmersa y coetánea con el comienzo de todas las religiones en el comienzo y niñez de todas las razas. Primordiales tribus adheridas al seno de la Naturaleza: he ahí cuanto hallara el gran descubridor en las primeras islas encontradas al rayar en los tiempos los albores de sus descubrimientos.

Pero me observarán los americanos hispanófobos que las notas de Colón se refieren al archipiélago de las Bahamas y de las Antillas, mientras los testimonios de la indígena cultura, que hubiera dejado atrás la civilización española, se hallan por doquier en los dos continentes, y con especialidad en la parte de los dos continentes, civilizada por los sendos, colosales imperios aztecas é incas, en el hemisferio boreal aquéllos, y éstos en el hemisferio austral. Nadie me aventaja en admiración á los restos



colosales de maravillosos edificios americanos, invenidos por los arqueólogos de nuestro siglo, los cuales han hecho con los monumentos anegados en la vegetación de los trópicos, algo parecido á lo hecho con los gigantes fósiles hundidos en las tierras prehistóricas por la Geología: presentar su existencia como un término natural del desarrollo de nuestro espíritu, á la manera que ese medio ambiente ó zona geológica, donde nacieron y procrearon las especies titánicas, resulta otro término natural del desarrollo de nuestro planeta. Cuanto hemos estudiado por motivo y razón del ministerio ejercido en la Universidad Central, del ministerio de historiadores, y cuanto hemos visto en museos varios, así nacionales como extranjeros, acerca de la civilización prehispánica en el Nuevo Mundo, hanos infundido asombro semejante al que merecen los restos de las civilizaciones desaparecidas en las riberas del Nilo y del Éufrates y del Ganges, donde nacieron desde nuestros primeros dioses hasta nuestras ciencias primeras. Palenque, Uxal, Copan, Tiguanao y los demás espacios reveladores de las antiguas grandezas americanas, confirman en los descarnados esqueletos de sus templos y de sus palacios todo cuanto Sahagún, Acosta, Bernal Díaz, Cortés y tantos otros nos refieren de antiguas grandezas, las cuales pueden medirse con las mayores por los pueblos primeros del planeta dejadas en su genésico trabajo de la encarnación del humano espíritu y del humano ideal dentro de la rebelde y resistente materia. Los fundamentos de aquellos edificios que parecen penetrar por su profundidad allende la pri-

mer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuetas en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y concluyeran los cimborrios de las montañas; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidos como zoología litúrgica, en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grescos muy próximos á los encontrados en las ruinas clásicas restauradas por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que puedan mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides por doquier esparcidas con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanesca mazorca en que los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas, y las culebras aladas, y los barros cocidos, y los vasos lustrosos, y las pinturas históricas, y las calzadas inacabables, y los diques, y los canales, y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima, nos demuestran cuánta razón tenían los primitivos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados



como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles en que podían albergarse no sólo ejércitos sino hasta pueblos, adoratorios capaces para los innumerables ídolos de tantas y tantas religiones como nacían y se acababan en aquellos tiempos de theúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teócratas y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Recuérdense las enormes ciudades como Tlascala, erigidas menos á la comodidad que á la defensa; los sitios y retiros compuestos por Axayaca, en cuyas habitaciones, revestidas de tapices multicolores y adornadas con sillas de muy hermoso pulimento, cupo todo el ejército de Cortés; los edificios desmesurados en que por treinta puertas se penetraba; los jaspes y mármoles de buena colocación y brillo; los escudos blasonados con grifos y leones semejantes á los usuales entre las aristocracias europeas; los techos construídos de tablas olorosas, y las paredes cubiertas de plumas varias, y los pavimentos esterados por juncos finísimos; aquellos búcaros de frescura y fragancia que solían artistas de paciencia y artificio decorar con bellas pinturas; los simulacros de dioses liminares en patios donde bailaban durante las festividades públicas diez mil parejas; los castillos del adoratorio principal retorcidos como caracoles y entallados de piedras negras tan relucientes como pedazos de azabache; los ídolos asentados sobre unas esferas azules á que llamaban cielos y coronados con penachos de

plumas prendidos á crestas de oro; los altares ornamentados como por un diluvio de piedras preciosas; las pajarreras donde las aves, por su canto y por su pluma y por su procedencia, se clasificaban dentro de jaulas tan enormes que les permitían su libertad nativa; los joyeros de una riqueza como fantástica y soñada; los jardines con todas las hierbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes al consejo de sabios botánicos muy duchos en medicina; los acueductos y encañados portadores desde Chatultepech de manantiales consagrados á difundir por aquellos verjeles y florestas alegría con abundancia; las casas de recreación circuidas de parques donde cazadores industriados por las artes de cetrería ejercitaban su agilidad y sus fuerzas; los centros múltiples en que podían á cada paso verse las ventajas de una industria muy hábil nacida de una civilización muy adelantada: toda la grandeza del mundo prehispánico reconocida por la ciencia moderna y consagrada en la Historia universal. Mas habrán los hispanófobos de perdonarme si les digo que todo cuanto leo en sus autores más acreditados, como Squier, Nadaillac, Río, Winner, Charnay, respecto de los edificios mayas y toltecas y aztecas y peruanos, me recuerda cuanto he leído en mis sabios amigos Layard y Oppert y Maspero tantas veces respecto de los edificios asiáticos. Hanse ya los desiertos caldeos tragado aquellas grandes capitales como si fueran las arenas oleajes oceánicos. La soledad estéril ha sido tan voraz para Babilonia como la vívida selva tropical para Palenque. Aquellos escombros en las arenas caldeadas parecen despojos, y nada



más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones apagados y fríos de un sol extinto. Y fueron propileos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios mayores que las plazas más magníficas de nuestras capitales más populosas; arcos geoméricamente trazados sobre portones gigantes, tras los que aparecían pasadizos muy semejantes á cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas, según el destino y oficio á qué las apercibían y destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos y sobre puertas de bronce concluidas por su parte inferior unas en garra y otras en pezuña; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la política y con la guerra en estos colosales edificios; harenes muy recludos en lo más oculto y en lo más interno y más recatado, para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad, allí tan imperiosa, despertando los celos del déspota; cien sitios diversos que constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacios muy semejantes á los antiguos de Méjico y del Perú, tan desmesurados como una ciudad cualquiera de ahora, y demostrativos, para quien ha interrogado la historia y sus secretos, de que las muchedumbres asiáticas yacían allí como siervos amontonados en interminables ergástulas. Cuanto más leo los trabajos hechos sobre americana prehistoria; cuanto más comparo los edificios de aquellas edades prehispanas tan brillantes con los edificios simbólicos de otras edades análogas en la Historia Universal; cuanto más cotejo las ruinas del Yucatán y del Perú con las ruinas de otros sitios y de otros

siglos análogos, persuádome á creer con más viva y profunda creencia que los términos de cultura simbolizados por estos fragmentos en el Nuevo Mundo se parecen mucho á las edades más célebres de Caldea y Asiria, representando un momento así en las fases casi celestes del humano espíritu tal como se desarrolla en el tiempo y en el espacio históricos. No hay en América el arado armenio, no hay el toro índico, no hay el alfabeto fenicio, no hay la nave cartaginesa, no hay el caballo persa, no hay el carro médico, no hay la vela tiria, no hay el Dios hebreo, no hay la teogonía doria, no hay la metafísica siciliana, no hay la estatua griega, no hay la numeración egipcia, no hay el arte ateniense, no hay el eclecticismo alejandrino, no hay el romano derecho, no hay el Verbo católico, no hay la personalidad ó individualidad germánicas; luego las fases del espíritu y del tiempo y del trabajo, representadas por todo cuanto sabemos de sus pueblos, corresponde con los imperios asirios, y á este gradual término del movimiento humano debemos referirlas, según su naturaleza intrínseca cotejada con todo cuanto nos han transmitido en su continua sucesión para nuestra enseñanza los pasados siglos. Una religión astronómica en la cual entraba por mucho el culto al sol y á la luz como en el sabeísmo caldeo de Zoroastro; una cosmogonía que colocaba todo el peso de nuestro planeta sobre la espalda enorme de monstruosas ballenas semejantes á la tortuga de los indios; una evaporación eterna de las almas huídas á los cadáveres hacia otros cuerpos animados por la transmigración universal; unos colegios de



sacerdotes menos poderosos y más laicos que los asiáticos antiguos, colegios compuestos por tal número de gentes adscritas á los templos, que había cinco mil en el adoratorio mayor ó primero de Méjico; una cronología muy semejante á la recibida por nosotros de los pueblos astrólogos y con la particularidad única de los días llamados inútiles por no encajar bien dentro de la cuenta del año; una realeza electiva de doble aspecto religioso y guerrero, en la cual no excluía la elección el despotismo; una grande aristocracia territorial, no exenta de cierto carácter cortesano, y más parecida en su dependencia de la corona y en el origen de sus bienes, á los sátrapas medos que á las órdenes de castas orientales; una familia muy amorosa y establecida en relaciones muy dulces y consagrada por costumbres muy buenas, pero no libre de poligamia, sobre todo entre los reyes y los nobles; una educación colectiva muy moral que inculcaba un verdadero culto á los padres en el ánimo de sus hijos, así como una esclavitud mitigadísima por los hereditarios usajes domésticos; una lengua copiosa que había llegado á la poesía y aun á la elocuencia; una escultura muy asiática, más semejante de suyo á la encontrada en los desiertos ribereños del Éufrates y del Nilo, que en los campos del Cefiso y del Alfeo; una escritura entre ideográfica y gerglífica; todos los aspectos, en fin, de su vida, nos enseñan cómo la civilización hallada por los españoles en el continente americano, aunque autóctona é indígena de suyo, sin relación alguna conocida y testificada con Asia ó con Europa, se parece á la civilización caldea, posterior á los

egipcios y á los indios, pero anterior á los fenicios y á los griegos en el desarrollo de la cultura universal. Y no quiero hablar de las víctimas humanas en los sacrificios religiosos, tan abominables, que podrían poner el mundo americano de la conquista tras el mundo con que nosotros queremos compararlo en la evolución universal, si no supiéramos cómo había recrudecido estos usajes caníbales un error de los aztecas, sobreponiéndolos á los más humanos de la gente maya, y cómo los habían disminuído en sus litúrgicas ceremonias los incas, inmoladores también de doncellas como gratas ofrendas á divinidades antropófagas. Aquella horrible ceremonia de tender un joven sobre ara de pórfido y sacarle con cuchillo de sílex el corazón del pecho para embutirlo con una cuchara de oro en la boca del ídolo, que chorreaba sangre caliente; aquella festividad siniestra del fin de cada siglo, fundada en el temor de no tornar á ver la salida del sol, temor conjurado por la degollación de cualquier noble altísimo y selecto; aquella comunión en que devoraban la carne humana los fieles, creyendo Dios mismo el cuerpo de las víctimas degolladas en culto antropofágico, demuestran, aun siendo un retroceso en las primitivas costumbres de los pueblos americanos, cómo estaban en un término de la serie anterior al sacrificio de la virgen Ifigenia en Grecia y al sacrificio de la hija de Jepté á la vez en Judea, sacrificios luego abolidos por ideas más humanas y por leyes más progresivas en el tardo y lento desarrollo de nuestra desgraciada humanidad.

Examinando el movimiento de los siglos y las distan-